

CRÓNICAS DESHILVANADAS.

Abril 6 de 1884.

Los cirios resplandecen; el incienso sube enroscándose, como una columna salomónica; los niños de coro se agrupan con sus vistosas túnicas rojas entre las negras sotanas de los sacerdotes; el órgano acompaña con su voz severa el canto de los chantres, y abajo, en el espacio holgado de la nave, bulle la devota muchedumbre, clavando los ojos en el tabernáculo y batiendo las palmas verde y oro. El obispo, vestido de pontifical, con su gran mitra ornada de pedrería, el báculo de oro macizo y la capa pluvial que deslumbra los ojos, reflejando la llama de los cirios, avanza precedido de los jóvenes seminaristas que, compungidos, con los ojos bajos, cruzan los brazos sobre el blanco sobrepelliz encañonado, y miran, al andar, la reluciente hebilla del zapato bajo. Junto al obispo, sosteniendo las puntas de su manto, van dos altas dignidades del Cabildo; atrás, de dos en dos, con severo ademán caminan los canónigos. Ya sube la comitiva por la pequeña gradería del presbiterio. El turiferario, vestido con su túnica violácea, se arrodilla en el último escalón, irguiendo su torre de plata. El obispo se sienta bajo el dosel de púrpura, en el regio sillón que ostenta, bordadas en el terciopelo y esculpidas en la madera, las armas de la Iglesia: dos grandes llaves coronadas por la tiara.

La procesión comienza á organizarse; se oye el rumor enorme de las palmas agitadas queorean la atmósfera con sus verdes abanicos. La inmensa nave verdea con la infinita profusión de ramos; quiere acercarse el pueblo junto á la crugía para que caiga sobre las cabezas el rocío bendito, y los que ya no pueden acercarse, levantan sus palmas, que crujen y se doblan, y el obispo, elevando la voz sonoramente, toma el hisopo, pronuncia la fórmula sagrada y rocía las cabezas de los fieles. «¡Hossana, hossana al hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!»

La procesión desfila majestuosamente. «Hijos de Sion, regocijaos: Jerusalem, mostrad vuestra alegría. He aquí vuestro Rey que

viene hacia vosotros; hele aquí, Rey justo y bueno, viene pobre, montado sobre una asna.»

«¡Salvadnos, Señor! ¡Señor, Señor, miradnos favorablemente! ¡Bendito sea el que viene en vuestro nombre!»

«El Señor es el verdadero Dios, que ha hecho lucir sobre nosotros una nueva luz.» Haced este día grande y solemne y conducid á la víctima hasta el pie del altar.

«Algunos de los fariseos dijeron á Jesús: Haced, Maestro, callar á vuestros discípulos.»

«Mas Jesús respondía: En verdad os lo digo, si ellos callasen, las piedras hablarían.»

«Y cuando Jesús estuvo cerca de Jerusalem, se detuvo mirando la ciudad y lloró diciendo: ¡oh Jerusalem si á lo menos supieseis en este día que se os da lo que puede asegurar la paz! ¡Empero no, ahora se oculta todo á vuestros ojos.»

La procesión sigue avanzando: el sacerdote que representa á Jesucristo, sale de la iglesia con una cruz y dos ciriales. Cierran las puertas y él llama por tres veces con el mango de la cruz: «¡Abríos, abríos, puertas eternas, para que entre el Rey de la Gloria!»

«¿Cuál es ese Rey de la Gloria?»

«¡Es el Señor Fuerte y Poderoso, el Señor terrible, invencible en los combates! ¡Abríos, abríos, puertas eternas! ¡Abríos para que entre el Rey de la Gloria!»

Tres veces se repite el diálogo severo, á la tercera vez la pesada puerta de madera vieja, con salientes y clavos de metal, voltea sobre sus goznes y entra el séquito:

«¡Hossana, hossana al hijo de David! ¡Vos, Señor, haceis proclamar vuestras glorias por boca de los niños, aun por aquellos que maman todavía el seno de sus madres!»

La augusta solemnidad del canto llano se pierde en las altas bóvedas; las notas graves abren sus pesadas alas, y comienza frente al altar, cubierto por un velo, la lectura de la Pasión. La tragedia cruenta lleva el pavor á todos los espíritus. Los fieles leen con devoto continente sus devocionarios. De cuando en cuando el coro mezcla sus voces turbulentas y las notas metálicas de la orquesta á la severa voz del sacerdote y de los diáconos. Esa es la tumultuosa voz del pueblo. El cronista extiende los brazos y con voz pausada dice: «¡Y Jesús, dando un grito, rindió el alma!» Todos se arrodillan, y la escarpada cumbre del Calvario aparece á los ojos de la muchedumbre. Parece que se escucha el ruido seco de la Cruz cayendo en el hoyo abierto en roca dura.

Cuando la misa acaba, los piadosos cristianos se retiran, agitando las palmas ya benditas. Solo queda en el severo altar la Cruz cubierta por un velo.

¡Oh santa palma, bendita palma que velaste á la cabecera de mi cama! Mi buen padre te llevó cuando eras verde aún, á la devota procesión del día solemne. Después te desmenuzaron en pequeños fragmentos. El más grande se enredó en los barrotes del balcón para que nos librara de los rayos. El más pequeño fué á adornar la blanca fuente de agua bendita que coronaba mi cuna. Allí tus verdes y delgadas hojas comenzaron á amarillear. Mi santa madre, en las mañanas, humedecía la extremidad de tus humildes ramas en la fuente y rociaba mi sien de niño con el agua bendita y perfumada.

Tú apartabas de mí los espíritus malignos y congregabas á mi alrededor los ángeles guardianes. Una noche, tus hojas aparecieron todavía más amarillas. Yo estaba próximo á morir. La ciencia humana me había ya desamparado: mis ojos se apagaban lentamente; con los párpados entornados, miraba, atónito, la congaja de mis padres y la luz oscilante de los blancos cirios. Solo mi madre, fuerte con su fe, te humedecía en el agua de la santa fuente y te acercaba á mis delgados labios, secos por la fiebre. Tú me diste la vida, ¡oh santa palma!

Cuando muera, el sacerdote que rece las oraciones de los agonizantes cerca de mi lecho, te arrancará de la cabecera para bendecirme. Cuando me lleven á enterrar y mi cuerpo descansa en el ataúd, te pondrán con el Crucifijo entre mis manos. ¡Bendita seas, oh santa palma!

En estos días de la Santa Semana, mil recuerdos se agolpan en la memoria. Cada paseo, cada ceremonia, trae para mí el perfume de los días felices, como la paloma del arca llevó á Noé el ramo de oliva.

El Viernes de Dolores es el día que las madres escogen generalmente para la primera comunión de sus hijos. En las naciones católicas de Europa, los niños no comulgan hasta los catorce ó quince años; aquí las madres, asustadas por su precocidad, les llevan cuando apenas comienza á clarear en sus entendimientos la luz de la razón, y procuran, como ellas dicen con una frase gráfica, que Dios entre en los corazones antes que el diablo. Los primitivos cristianos daban la comunión á los recién nacidos, después de bautizarles. Esta costumbre era muy tierna y conmovedora. ¿Por qué las almas

de los pequeñuelos, que son las más puras, no han de vivir en comunión con Dios?

Entre nosotros, la primera comunión tiene un carácter muy solemne. La época del año escogida para esta fiesta contribuye, y no poco, á su esplendor. La tierra recibe el beso del sol, las flores reciben el perfume, el nido recibe las aves, y los corazones reciben á Dios. Para que pase Dios y llegue hasta las almas de los pequeñitos, la tierra se ha puesto un vestido de flores todo nuevo, y la orquesta del bosque ha aprendido mejores armonías; los ángeles destapan á toda prisa los botes de esencias que tienen almacenados en el paraíso, y por las noches dejan caer algunas gotas en los cálices; el cielo resplandece muy azul; diríase que está más cerca de nosotros; la tierra, antes llana y lisa como una sábana de nieve, estalla en explosión de flores y de hojas: parece que intentó subir, de un solo brinco, á juntarse con las estrellas, y jadeante, destrenzada su obscura cabellera, cayó luego. Cada clavel es el beso mental que da la tierra al sol. Los cuchicheos de las ondas son las murmuraciones detrás del abanico. La onda es fría, y al ver los espasmos voluptuosos de la gran morena, refunfuña entre dientes: ¡Descarada! Aplicando el oído, escucharéis la respiración de la hermosa durmiente que sueña con su rubio enamorado. Su seno se hincha lleno de fecundidad. La luz, como una mirada magnética, penetra por todos sus poros. La blanca virgen se convierte en madre.

En estos días de resurrección comulgan por primera vez los pequeñitos. No comprenden aún la enérgica hermosura de estos instantes. Para comprenderla, es preciso haber amado á una mujer. Pero sienten el blando influjo de la Primavera, como la savia siente el sol, sin verlo. Una serenidad de alba se apodera de sus espíritus. Van al confesonario, escondido en una capilla obscura de la parroquia, como van las ovejas, triscando y balando, á la orilla del río. El cura, de cabellos blancos y bordón nudoso, perdona á éste las uvas que robó del emparrado ajeno; á ese, los caramelos saboreados á hurtadillas: á aquel, el arañazo, que por disputar una canica, dió á su hermano. Las almas de esos niños están limpias; pero también lo está el coqueto saloncito en que Juana recibe á su novio, y, sin embargo, cuando éste va á llegar, la enamorada quita hasta el último átomo de polvo, hasta la brizna de paja, hasta la pluma apenas perceptible que, cuando volvía de la calle, se desprendió de su gorrito; abre el balcón, arregla las cortinas, pone un ramo de flores en el piano y una gota de esencia en el cojín. Y esto que Juana suele hacer en su salita, hace el cura en el alma de los niños. No quita ya pecados: pone flores. No lava sus conciencias: las perfuma.

Algunas veces, el sacerdote suele hallarse con niños viciosos, de mala índole, perversos. Hay arrapiezos de nueve años que fuman, juegan, roban y blasfeman. Pero estos no son niños, son enanos.

Comunmente son producto de la ciudad. La madre no puede cuidar de ellos porque su tocado, las visitas y el teatro, absorben todo su tiempo. El padre lo es únicamente en el sentido brutal de esta palabra. El niño, pues, vive entregado á las niñeras y á los lacayos. El estiércol de las caballerizas les contagia. El hollín de la cocina ensucia su alma. Ese niño es un hombre que todavía no llega á los labios de una mujer; pero que ya sabe subir encima de las sillas. No quiero hablaros de esas pobres criaturas. Me refiero al niño cuyos únicos é inocentes pecadillos son todos contra el quinto mandamiento. La idea de la propiedad no nace con nosotros, ni entra por sí sola en nuestro entendimiento. Nos la clavan. De chiquillos tenemos invencible propensión á apropiarnos aquello que nos gusta ó nos conviene. Por eso el niño que por primera vez se acerca al tribunal de la Penitencia, se acusa siempre de haber robado alguna cosa. El que menos, ha sido un buen *pickpocket* de los árboles.

La noche anterior al día en que van á comulgar, es la noche más solemne para ellos. Solo hay otra tan grande en la vida: la noche que precede al día de las bodas. La buena madre acuesta al niño muy temprano, para que no se impacienta, para que no dispute con sus hermanitos, para que no peque. Antes de acostarlo le enjuagan bien la boca con agua perfumada, le ponen de rodillas en el colchón, y hacen que rece más que de ordinario. Generalmente la madre inventa al último una de esas oraciones que solo saben inventar las madres, y que tienen más elocuencia, mucha más elocuencia que todos los devocionarios reunidos. El niño se duerme entre gozoso y asustado. No puede aún determinar en toda su grandeza la idea del sacramento que se dispone á recibir, pero sabe que Dios entrará en su alma.

Además, se considera ya hombrecito. Hasta le causa extrañeza que no haya crecido en pocas horas su estatura. Y entre sueños siente la tibia respiración de su ángel guardián, y ve el cirio que ha de llevar á la iglesia, la cinta que le pondrán en el brazo izquierdo y las flores con que cubrirán la mesa del comedor, para que tome, cuando vuelva, el chocolate.

La madre está hondamente enternecida. La enorgullece el pensamiento de que su hijo va á recibir á Dios; pero tiembla pensando en lo porvenir. Esa primera comunión es la vida que empieza para el niño. Y la madre medita: ¿será bueno? ¿le arrancarán en las escuelas y en el mundo las ideas religiosas que le inculca? ¿Madre santa! ¿que sea muy bueno! ¿que te ame! Si no, llévatelo mañana, ¡que se muera!

¡Oh recuerdos de la primera comunión! El templo está muy luminoso y muy alegre. El aire todo huele á flores. Los niños, bien lavados, bien peinados, con sus vestiditos nuevos, y sus velas de cera, oyen la misa. Los pájaros cantan en las ventanas, suena la música en el coro. Cuando llega el momento de la comunión, se oye el rumor de una gran parvada de gorriones. Las cabecitas rubias se aproximan al altar. Algunos comulgan de pie, porque la barandilla es demasiado alta para ellos. En seguida van todos á arrodillarse frente á la santa imagen de la Virgen. El padre les dirige una pequeña arenga. Las madres lloran junto á las columnas.

Y mientras las agudas campanillas repican en el alto presbiterio y gorjean muchas aves en la cúpula, yo medito: ¿á dónde van las débiles barquillas que se alejan ahora de la playa? La vela latina de raso blanco, hinchada por la brisa más suave, las lleva como un ángel misterioso de quien solo se mira una ala nívea. El cielo está muy azul y sopla la brisa más blanda. Allí van esas niñas sonrientes, como una bandada de golondrinas blancas; allí van los alegres pequeñitos, entretenidos en admirar sus guantes de cabritilla. Todos piensan en la casa que les espera con aspecto de fiesta; en el comedor cuya mesa está cubierta de amapolas y de rosas, en los besos y abrazos de la madre, en los juguetes que habrá comprado su papá. Los niños se creen hombres y las niñas mujeres, cuando están más distantes de la humanidad, cuando son ángeles.

Tal vez mañana, esto es, dentro de quince ó veinte años, dos de esos rubios chiquitines cuyas únicas manchas son de cera blanca, cruzarán sus floretes en el bosque por disputarse el corazón de aquella ó esta niña. ¡La vida. . . .! ¡qué oscura es! ¡Con razón las madres oprimen á sus hijos contra el pecho, y no quieren dejarles sin amparo en este mundo, en esta sombra, en esta selva! Hay muchos abismos que tapa el follaje; muchas fieras que habitan las cavernas; muchos bandidos que se ocultan tras los árboles! Pero la vida, como una ola que se encrespa, les arrebatará de aquellos brazos. Las madres se van y el hombre queda solo. ¡Cuántos, mañana, cuando la vergüenza tiña su rostro, ó el dolor se enrosque en sus almas, exclamarán desesperados: ¡madre! ¡madre! ¿por qué no me llevaste á la tumba? ¿por qué no duermo contigo en tu sepulcro, como dormía de niño, cuando el miedo me acosaba, en tu lecho caliente y amoroso?

¡Guardad, oh niños, el lazo azul y blanco que llevásteis el día de la primera comunión! Guardad ¡oh adolescentes! el dorado ramo que os puso vuestro padre en la mano para asistir á la procesión de las palmas. Con qué alborozo alzan y columpian esos ramos los impacientes escolares, que en las solemnes fiestas religiosas dejan las paredes desnudas del colegio por el terciopelo de la catedral, y los libros ajados y polvosos por el misal de estampas policromas! Allí están los catecúmenos, vestidos de blanco y desfilando, con el cántico en los labios, ante el anillo de oro del obispo. Allí están los vasos de oro llenos de agua y las casullas y dalmáticas vistosas. En esos cálices se bebe el vino sagrado del ideal, el licor fortificante de la fe.

Algunos, en las zarzas de la vida han dejado sus creencias místicas. Si asisten á las panatheneas de los cristianos, solo atienden á su parte decorativa y pintoresca. Sin embargo, éstos mismos se conmueven en las suntuosas ceremonias de la Iglesia. La voz del órgano les habla de un ausente á quien amaron. La religión es para ellos, como esas hadas que la superstición del pueblo cree mirar arrastrando la blanca vestidura en la seca hojarasca de los bosques. Y cuando piensan, contristados, en su infancia, en la madre que les enseñó el catecismo, en el anciano de cabello cano que les dió la primera comunión, á manera de un viático sagrado que se da á los que empiezan el camino, el soplo de una fe remota crea sus almas, como el aroma que arrebata el céfiro á las flores para llevarlo á los lugares secos en donde solo medran tristes cardos.

La religión ya no es entonces la madre tierna y joven que nos sienta en sus rodillas. Su rostro tiene la serenidad inalterable y la belleza trágica de los cadáveres. Es la madre tendida entre cuatro cirios. Todavía no la llevan á enterrar; y todavía, para sus hijos, está hermosa. ¿Oís? En lo recóndito del pecho, lloran desconsolados unos pobres pequeñitos. A la luz oscilante de los cirios, vemos sus trajes negros, sus ojeras y sus lágrimas. Son los ideales huérfanos.

UN BAILE EN CHAPULTEPEC.

—¿Cómo? ¿Una fiesta campestre, al aire libre, en pleno invierno? ¿Una fiesta que ha de empezar cuando el sol dore todavía las crestas de los árboles, y concluir á la hora en que el alba envuelve sus formas blancas en flotante gasa azul? ¿Una fiesta nocturna en el mes de Enero y en un bosque.....!—Así exclamará Ud. al leer mi carta ¡oh hermosa Miss Catherine, la de ojos azules que siempre tiene frío; la de rizos que siempre tienen sol! Así exclamará Ud. en su brumoso Londres, en la «Babilonia negra,» que dice Víctor Hugo. Y la noticia de esta fiesta le causará la misma impresión de frío que se experimenta al leer el primer capítulo del «René,» é imaginarse á la infeliz criaturita, que cubierta de nieve, parecería un ángel de azúcar candi.

Piedad y compasión ha de sentir mi rubia amiga cuando lea esta carta. Pensará en esa joven española de quien se habla en las «Orientales» y que murió al salir de un baile.

Mais hélas! Il fallait quand l'aube était venue
Partir, attendre au seuil le manteau de satin,
C'est alors que souvent la danseuse ingénue
Sentit en frissonnant sur son épanle nue
Glisser le soufle du matin!

Unas gotas de lluvia sobre otras gotas de sudor, «esa es la muerte!—decía Teófilo Gauthier. La muerte espera en la puerta de los palacios á la joven que sale de madrugada y pone sus labios azules en el hombro desnudo, antes de que la gentil bailadora haya abotonado bien su abrigo, ó la toca al pasar por la escalera de mármol, ú oprime su zapatilla de raso blanco en el estribo del cupé. «No llevéis á vuestra hija al baile, decía Víctor Hugo, ¡he visto morir tantas!» Y eso, hablando de los salones bien calientes, de las mujeres que van entre almohadones y cubiertas de pieles! Pero un baile en invierno, á campo raso..... ¡qué impiedad!

Y nuestro baile, Catherine, nuestro baile en invierno, nuestro baile en el bosque, ha sido el «Sueño de una noche de verano,» las bodas de Oberon y de Titania, ó las nupcias del Príncipe de Atenas! Vos, que también habeis leído á vuestro Shakespeare, ¿os acordáis de su *Midsummer night's dream*? Era aquella una noche extraordinaria de amores y misterios, «la noche del año en que con mayor actividad germina la madre Naturaleza, la víspera de la alborada en que debían cumplirse peculiares y caprichosos ritos, como encender piras propiciatorias, cortar las ramas del sagrado olivo y las del mirto: noche en que se aguardaban apariciones amorosas y en la que hadas, espíritus y trasgos vagaban por el aire libremente para favorecer á galanes emprendedores y á doncellas enamoradas!» Eso fué nuestra fiesta de Chapultepec: el «Sueño de una noche de verano!»

La organizó la confederación mercantil y el comercio de México en obsequio del Sr. Presidente de la República, y entre los festejos que en honor suyo se han celebrado últimamente, éste, sin duda, fué el más suntuoso y elegante. Desde luego el lugar era propicio. ¿Hay algo más bello que nuestro bosque de Chapultepec, parecido á una selva sagrada dispuesta acaso por la naturaleza para servir de refugio á las divinidades aztecas? El castillo lo corona en señal de dominio, como la feudal morada del conquistador. Pero en los troncos de los árboles seculares deben vivir ocultos los dioses desconocidos. Esos árboles son como héroes de Homero. Están viejos; conocieron á Esquilo, vieron las luchas de los semidioses con los hombres, acompañaron á Hércules en sus empresas, son los titanes que intentaron escalar el cielo y que están enraizados en castigo de su osadía. Aquel bosque tiene la majestad de un canto del *Ramayana*. En él si puede bien decirse contemplando la luna que se eleva: «este es el templo y esa es la Hostia.» El heno que cuelga de las ramas, da á los ahuehetes gigantescos el aspecto de ancianos y enormes patriarcas. La Biblia habla en esa gran basilica.

¿De dónde ha venido ese bosque? Porque los bosques andan, los bosques caminan, los bosques viajan, como dice Valmiki. Suben al monte, como los sacerdotes suben en coro al presbiterio, ó bajan al río. Y el camino porque ha venido este bosque, no se ve. Está en medio del valle, en ese espacioso valle de México en el que cabe tanto cielo. Está aislado é imponente como pastor gigante que cuida un rebaño de ovejitas blancas. Está muy lejos de sus hermanos, como si de improviso hubiera brotado de las entrañas de la tierra. Parece que medita en cosas idas. Dijérase que espía á la ciudad, como el padre que ve á su hija bailar y la observa y vigila desde lejos. Porque creían que había saltado de algún punto distante y caído en el valle, le llamaban los indios *chapulín*, chapultepec. Pero ¡qué salto! Brincó acaso desde cima muy alta, y tal fué la caída,

que rocas y árboles se enterraron en el suelo. Tal vez el cerro y los árboles que vemos, son más grandes: tal vez no sacan afuera más que medio cuerpo. Y ya no puede huir; allí está preso. Ha envejecido, está muy cano. Tiene su nieve como los volcanes, y esa nieve es el heno. Ha sufrido, y por eso quédase en las noches, cuando el aire pasa por sus colosales liras de ébano. Ha visto caer al pie de sus árboles á niños mártires, asesinados por balas enemigas. Por eso los árboles, cuando el viento despierta en ellos la ira, se agitan como si dijeran:—¡también nosotros tenemos brazos y clavos de Hércules para luchar con los contrarios!

Hoy el bosque está contento, risueño, delante de su viejo abuelo el Popocatepetl, y de su abuela «la mujer dormida.» ¡Dormido! ¿Por qué? ¡Acaso muerta! Tal vez el Popocatepetl es el viudo de cabellos blancos que cuida el sepulcro de la mujer que amó.

El Bosque está contento y está ufano. Tiene arriba á una hada, «á la buena amiga de los niños y los pobres.» ¿Carmen, qué? Carmen Sylva, creo. Mi memoria es casa inhospitalaria para nombres. Pero recuerdo haber leído en Pierre Loti una página que empieza así:

«En el transcurso de mi vida errante, acontecióme cierta vez detenerme en un castillo encantado, en el castillo de una hada.»

«El toque lejano del cuerno de caza, cuando suena en el bosque, tiene el poder de evocar en mi alma ese recuerdo.»

«Y es que el castillo de la hada está situado en la mitad de un bosque muy profundo, cuyos ámbitos puebla, casi á la continua, el son de las cornetas militares que se hablan y responden desde lejos.»

«Esa hada, cuya voz es una música, cuya mirada es una bondad, cuya sonrisa es una dádiva de dicha, además de hada, es una reina. Para los políticos, su majestad la reina de Rumania. Para los poetas, Su Majestad Carmen Sylva.»

«¿Verdad que tengo razón de equivocarme? Un bosque muy hermoso; no muy lejos; el son de las trompetas militares; en el bosque un castillo y en el castillo una hada buena. ¿No es nuestro Bosque de Chapultepec? Y esa Bondad que pasa sonriendo, ¿no es Carmen? ¡Sí, sí es Carmen Sylva!»

«Desde que el Bosque la guarda avaro, aparece más risueño. Suenan en él clarines militares; pero también las violas de la danza. Y el follaje es más espeso y más tupido, como si los árboles—¡buenos viejos!—quisieran impedir, con un abrigo de hojas verdes y armiño blanco bien cerrado, que el aire dañe á la buena amiga de los niños y los pobres.»

Nunca el severo Bosque fué más bueno para con nosotros que la noche del sábado! Tal vez haría frío en la ciudad; pero los ancianos árboles, formando una guardia palatina de gigantes, no le

permitían la entrada. La fiesta comenzó desde las cuatro de la tarde: de modo que á ella fueron invitados el Señor Sol y la Señora Luna. Al Sol—¡varón al fin!—se le impusieron ciertas restricciones. El papel del Sol, su deber, su encargo, su empleo, su comisión, consistía únicamente en alumbrar el Valle; en esparcir lentejuelas de oro en el follaje; en besar la nieve de los volcanes, para que la nieve se ruborizara como una mejilla de virgen; en pintar el telón de fondo y los bastidores del escenario! ¡Y qué escenario! En Chapultepec la tarde dura más porque no quiere irse. También la tarde quiere ver el Valle, y cuando se va, no es que se va, no es que se duerme, no es que cierre los ojos azules tras las pestañas rubias, es que se desvanece de placer. No comprendo cómo los muertos que están en el cementerio de Dolores (cuyos árboles se divisan desde los corredores de Chapultepec), no se levanten para gozar de este crepúsculo. La resurrección debe ser una mentira. ¡Qué indolentes! ¡qué flojos son los muertos! ¡Cómo han de sacudir la pereza para levantarse cuando suene la trompeta del ángel exterminador, si no se alzan de sus tumbas cuando la luz dice, dáme el último beso, ¡ya me voy!

Imaginaos, Catherine, el crepúsculo más bello: Una tarde que no cae, sino que se deja caer: delante del Bosque una amplia calzada, una vía romana, llena de carruajes con los faroles encendidos, no porque sea tiempo ya de que se enciendan, sino porque los faroles son los ojos de los coches, y hasta á los coches les brillan los ojos de placer. Todos esos negritos de ojos vivos corriendo hácia el Bosque. Ya en éste está la noche, como que la noche es una señora muy de su casa, muy honrada, y el Bosque en su casa. Los negritos suben atropellándose por la rampa, hasta el castillo que se ha puesto un collar, un *toison* de luces. ¿Atropellándose.....? Eso quisieran los impacientes! Pero ahí están los gendarmes para impedir que se atropellen, y muy en orden, muy sujetos á la consigna van subiendo. El Sol ya hizo lo que pudo; ya pintó las decoraciones; ya enseñó al valle de México escotado; ya dijo á M. Coquelín:—¡esta es mi tierra!—ya salpicó de oro las alfombras de hojas, y ya se va porque no lo dejaron entrar al baile de la tarde. La noche viene, como una hermosa enlutada, luciendo su mejores alhajas. Después vendrá la blanca Luna, la casta Diana, pero ahora no es oportuno todavía, porque la Luna es la que roba alhajas á la noche, la que le arranca, pálida de envidia, todas sus estrellas. Los organizadores de la fiesta con toda la aquiescencia de todas las fuerzas naturales, ordenaron al Invierno que se quedara en casa para que no atrapara un constipado, y se propusieron maravillarnos con el espectáculo del más riente panorama, iluminado por el Sol; con el espectáculo de la noche, cubierta de brillantes, y con el de la Luna á quien se citó para más tarde.

El Bosque es un anciano venerable. En la cabeza del Bosque está un canastillo de flores: el jardín. Sobre las flores, miriadas de luciérnagas: las luces. Abajo habrá hechiceras, brujas, marmitas, palos de escoba: arriba hay hadas.

Vos, Miss Catherine, sabéis de matrimonios desiguales, de viejos muy viejos que se casan con jóvenes muy jóvenes. Pero no sabéis de un matrimonio que sólo en México se ha realizado *par devant M. le Maire*, del matrimonio del invierno con la primavera. Venid á Chapultepec. En el Bosque los árboles ostentan toda su fronda, pero esto no es raro. Esos árboles están muy viejos, y sería una crueldad despojarles de sus hopalandas de follaje. Inspiran respeto y merecen toda consideración. Pero arriba, en los corredores del castillo, aquí donde es el baile, hay una multitud de flores; y de flores acabadas de nacer, no flores de la primavera pasada, flores pollitas que todavía se ruborizan cuando alguien las ve, como las rosas; flores que todavía se ponen pálidas cuando su novio las toca, como las azucenas; flores que todavía no tienen experiencia y dan el alma al primero que se acerca á ellas, porque su alma es el perfume.

Desde la escalera que conduce á los corredores del Castillo, empieza á notarse este derroche, esta inundación de flores. El mármol de los peldaños está blanco de cólera porque no lo dejan ser visto. Las flores están contentas porque tienen muchos espejos en que verse; y las flores al cabo son mujeres. Grecas, frisas, columnas, bóvedas, lienzos, medallones, frescos, paisajes de incontables flores, ofrece á la vista esta mansión de hadas. Y las traviesas, manchan el *peluche* rojo de los pedestales con su humedad de rocío; se enroscan en las armaduras de las estatuas; se quemán, como deslumbradas mariposas, en las bujías de los candelabros; llueven, desprendiéndose del artesonado.

Pétalos de rosa blanca, pétalos de gardenia, pétalos de lirio, plumas de paloma, jesa es nuestra nieve!

Yo ví por los salones á M. Coquelín, el incomparable actor, maravillado de que en México la Primavera dé recepciones en Invierno. También es que en México las mujeres son muy hermosas y muy buenas..... y por eso las flores no se van.

¡Cuántas mariposas entre aquellas flores..... porque la mujer es mariposa cuando baila. El jardín recordaba aquellos tradicionales jardines de Versalles en los que tan á gusto vivió el amor. Tenía bastante sombra para que brillaran bien los ojos, y bastante luz para que los trajes lucieran. El tocador era un hermoso santuario de la coquetería. Allí las flores habían dejado su alma en los botes de perfumes, la pelucilla de sus pétalos, en las polveras de cristal. El marfil de los peines y cepillos brillaba sobre el raso azul de las cajas acolchonadas. No entraban las señoras al tocador para ata-

viarse, sino para que los espejos les dijeran lo que ya antes les habían dicho los galanes: —¡sois muy bellas!

El comedor oficial era una obra maestra de buen gusto. Y en dos extensas galerías estaba la mesa, de trescientos cubiertos, para uso de los que no somos ministros ni representantes de naciones extranjeras. La mejor sociedad de México asistió á la fiesta: los nombres que más brillan y los nombres que más suenan figurarán en las listas que publiquen las crónicas de salón. Yo no me atrevo á acometer este trabajo de entomologista. Escribir el nombre de una mujer y el color del traje que llevaba, es clavar una mariposa traspasada por un alfiler, en el cartón. ¡No, mariposas, volad libres y gallardas: no he de clavaros impiamente en esta hoja!

De la fiesta de Chapultepec sólo quiero fijar en esta carta su aspecto pintoresco y casi mágico: los árboles, llenos de globos multicolores, parecidos á pájaros de luz que se hubieran posado en cada rama; la música, retozona y bulliciosa, cantando siempre, sin respetar el sueño de los viejos árboles que cabeceaban en el Bosque; los cabellos rubios, vistos á través de una copa de Champagne; los labios rojos humedecidos por el Borgoña..... y en lo espeso del arbolado, los focos eléctricos, como lunas viejas, como lunas que cayeron del cielo y se quedaron enredadas en las hebras de heno! Esto es, Miss Catherine, lo que quiero hacer pasar á vuestros ojos. Y luego, el cuadro del bosque iluminado por la luna, el cielo sin nubes, la atmósfera color de plata virgen, los secretes de las hojas y las maledicencias del agua que se burla de todos en la fuente!

Que cenamos opíparamente, que bailamos mucho, que había mujeres encantadoras y elegantes trajes, eso os dirán por menor otros cronistas. Yo no escribo, Miss Catherine, despierto del «Sueño en una noche de verano.»

EL CRUCIFIJO.

De todos los misterios que forman la teología cristiana, el más desgarrador, el más patético, el que de más poderosa suerte nos conmueve, es, sin género de duda, el misterio sublime del Calvario. Yo siento que mis fuerzas se debilitan y extenuan, que mi ánimo se postra y desfallece, siempre que con esta pluma, indigna por ser mía, quiero enarrar aquel maravilloso cuadro: mi corazón se sobrecoge de mudo asombro, de pavor nunca sentido, de soberano espanto, como si tibias gotas de la divina sangre le cayeran; convierto las pupilas, anubladas por el llanto, á la sublime imagen del Crucificado, evoco aquella cima escarpadísima del Gólgota, herida por los rayos del sol de Palestina y por los rayos más ardientes todavía de la esperanza mesiánica; miro alzarse las tres cruces; allí Dimas, allá el mal ladrón, en medio Jesucristo, pálido con la palidez exangüe de la muerte, chorreando sangre por las heridas rudamente abiertas, coronado de espinas, caliente lágrima brotando de los ojos como el perdón brotaba de sus labios. ¡Ah! ¡Yo lo miro como si hubiera presenciado aquel suplicio, como si el rayo del remordimiento lo hubiera grabado eternamente en mi conciencia, y ante aquel espectáculo pavorosamente sublime exclamo como Jerónimo en su celda: «Ciega mi entendimiento, Señor, si así lo quieres, pero dilata mi entendimiento para que pueda amarte!» Y es que mejor que orgullosa inteligencia, se ha menester respeto amorosísimo para poder hablar de esta agonía: que la torpe y rebelde razón humana nunca será bastante á comprenderla, mientras, solivado de la dura carga de sus pasiones y enardecido por el amor divino, siento á maravilla todos los dolores, todas las angustias de este Viernes Santo. Por eso en todos los desfallecimientos del espíritu, en todos los cansancios del entendimiento, cuando la ráfaga de la realidad sopla mi frente desvaneciendo el polillo dorado de los sueños; en medio de estas estrecheces, de estas mezquindades, de estas angustias de la vida diaria, sediento de beber la luz clarísima que despiden las creencias religiosas, no voy á hundirme en las revueltas bibliotecas, ni á buscar fe en las disputas escolásticas de los siglos medios, ni á ar-